

¿Es posible vivir hoy la esperanza cristiana?

1. ¿Es posible vivir hoy la esperanza cristiana?
2. Situación de la falta de esperanza en las religiosas europeas.
3. ¿Es posible recuperar la esperanza?
 - a. El motivo fundamental de la esperanza.
 - b. Confianza en el carisma.
 - c. Esfuerzo personal.
 - d. Confesar a Jesucristo, como la esperanza que no desilusiona.
 - e. Dejarse penetrar por Jesucristo.
4. Medios para invitar a casa a la esperanza.
 - a. Creer en lo que hacemos.
 - b. Alegrarse con lo que hacemos.
 - c. Esperar en nosotros mismos.
 - d. Decidirse por la caridad.

1. ¿Es posible vivir hoy la esperanza cristiana?

Hablar de la vida consagrada femenina en los albores del Tercer milenio es riesgoso y apasionante. Apasionante porque la vida consagrada pasa por momentos únicos en su historia: a cuarenta años del Concilio algunas cosas no van como debieran ir, otras siguen igual y algunas van mucho mejor de lo que se podría esperar. Riesgoso porque penetramos el mundo de Dios, el mundo del espíritu y ya se sabe que “el viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va” (Jn. 3, 8). Y apasionante porque no se trata simplemente de hacer un análisis bajo el punto de vista de alguna de las ciencias humanas, sino de ponerse muchas veces, tan sólo como un espectador extasiado al ver los prodigios y las obras que Dios hace y espera de la vida consagrada femenina para este periodo de la Historia.

Dios y la mujer consagrada tienen mucho que decirles a los hombres y a las mujeres europeas en estos tiempos. Y sobre todo tienen una palabra muy importante que decir acerca de la esperanza. “Europa necesita siempre la santidad, la profecía, la actividad evangelizadora y de servicio de las personas consagradas.” Pero para realizar esta misión es necesario que la mujer consagrada europea viva la esperanza. Sin esperanza, la mujer consagrada en Europa está destinada a morir, o en el mejor de los casos, a pasar la vida sin ser luz para Europa.

Es por ello que conviene preguntarnos sobre la esperanza, su importancia en la vida consagrada femenina, la debilidad con la que se vive la esperanza, para que una vez diagnosticado el mal, podamos proponer algunos remedios que ayuden a recuperar esta virtud humana y cristiana.

Virtud humana

Contemplemos por un momento la vida del hombre, de cualquier hombre. Su comportamiento está basado, según algunos psicólogos, en las motivaciones: “La motivación es un factor dinámico del comportamiento humano que activa y dirige la persona hacia una meta, o sea, unifica el porqué, el cuándo y el comportamiento de la persona.”¹ El hombre por tanto, no puede vivir sin una meta, sin un ideal, sin un punto que en el horizonte del futuro le sirva de punto de llegada, “pues toda acción humana tiene a la vista un motivo o razón estimulante, tiene una esperanza, sea ésta real o falsa. No

¹ Silvestre Paluzzi, *Manuale di Psicologia*, Urbaniana University Press, Città del Vaticano, 1999, p. 95.

se vive, más exactamente, no se hace frente cada día de nuevo a la vida más que movido, aunque sea inconscientemente, por alguna esperanza.”²

Pero no basta simple y sencillamente con decir que el hombre debe tener una esperanza, una meta en su futuro para tener asegurada la vivencia de una vida plenamente realizada. Hemos dicho que para vivir el hombre necesita de una esperanza, de un motivo que puesto en el futuro, le sirva como guía, como acicate en su vivir cotidiano. Pero no hemos hablado nada acerca de la necesidad de actualizar constantemente esta esperanza y de la calidad de la esperanza, es decir de las diversas formas que existen de esperanza.

Para alcanzar una meta, el hombre debe activar una gran serie de mecanismos. Desde las ideas en que se concibe la meta, hasta el momento de ponerla en práctica, el hombre se contrasta y se mide con sus posibilidades, calcula los esfuerzos, los pone en práctica. Cada acto hace cambiar, de alguna manera, el plan original que se tenía para alcanzar la meta. Es necesario por tanto, corregir constantemente el rumbo y esto sólo se puede hacer si la meta es revisada constantemente: “La esperanza no es una constante de la naturaleza que permanece siempre y en todo lugar al servicio del hombre sin que éste intervenga activamente. La esperanza es siempre un acto libre y responsable de la persona humana en su condición de ser encarnado. Como la libertad, la esperanza es un fenómeno humano que puede ser actualizado o rechazado, puede ser bien vivido o malgastado.”³

Esta *dinamicidad y actualización* de la esperanza permiten que el hombre pueda revisarse constantemente y con la facultad de la libertad elija los medios necesarios para acercarse más a la meta que quiere alcanzar. De lo contrario, si no actualiza la esperanza, cae en el peligro del idealismo o en el de la desesperanza al alejarse consciente o inconscientemente de la meta que se había fijado. Este es un punto que la mujer consagrada no debe olvidar tan fácilmente. Si por un lado puede y debe tener puntos firmes en los que debe esperar, puntos que le ayudan para vivir la vida en su quehacer cotidiano (la consagración, la misión, la vida fraterna en comunidad, por ejemplo), también deberá educarse a actualizarlos, a hacerlos vida cada día. Y esto es así ya que los embates de nuestro mundo, las mismas fuerzas físicas y psíquicas de la persona golpean, modifican y cuestionan diariamente los puntos fijos de la esperanza. Quien no hace del ofrecimiento diario del día un acto conciente de renovación de la esperanza, está condenada a perder la esperanza o a vivirla en forma raquíca, escuálida, a nivel de supervivencia.

Es éste quizá un punto en el que se deba trabajar en la formación de las mujeres consagradas. Ellas mismas deben aprender a darse razones para la esperanza, en esta época tan cuestionada interna y externamente. Es pues un fundamento de la formación permanente. “La formación permanente, tanto para los Institutos de vida apostólica como para los de vida contemplativa, es una exigencia intrínseca de la consagración religiosa. El proceso formativo, como se ha dicho, no se reduce a la fase inicial, puesto que, por la limitación humana, la persona consagrada no podrá jamás suponer que ha completado la gestación de aquel hombre nuevo que experimenta dentro de sí, ni de poseer en cada circunstancia de la vida los mismos sentimientos de Cristo. La formación *inicial*, por tanto, debe engarzarse con la formación *permanente*, creando en el sujeto la disponibilidad para dejarse formar cada uno de los días de su vida.”⁴

Dentro de la virtud humana de la esperanza podemos decir que “está sustentada y condicionada por la confianza, por el amor y por el sentido de la comunidad.”⁵ Bien podemos afirmar que la vida

² S. Alonso Salazar, *Teología del acto de esperanza*, PS Editorial, Madrid, 1974, p. 24 – 25.

³ *Ibidem*. p. 25

⁴ Juan Pablo II, *Exhortación apostólica post-sinodal Vita consecrata*, 25.3.1996, n. 69.

⁵ S. Alonso Salazar, *Teología del acto de esperanza*, PS Editorial, Madrid, 1974, p. 28.

consagrada ofrece de por sí los medios para sustentar a la virtud humana de la esperanza, ya que estos tres elementos, confianza, amor y sentido de comunidad, se dan normalmente al interno de las Congregaciones e Institutos. Sin embargo, no podemos despreciar el hecho de que muchas religiosas, por una formación humana deficiente, poseen una gran inseguridad en sí mismas. Este aspecto conviene revisarlo y superarlo, pues quien no tiene confianza en sí misma muy difícilmente podrá vivir la virtud humana de la esperanza, ya que, al proponerse cualquier meta todas las motivaciones posibles vendrán a desbaratarse al llegar al muro infranqueable de la falta de confianza en sí misma y en las personas que la rodean.

No podemos dejar de mencionar que la esperanza, como acto humano guiado por la libertad, puede establecerse en cualquier meta, en cualquier ideal. Es decir, cualquier sujeto puede ser objeto de la esperanza. Dependiendo del sujeto será el tipo de vida que desarrollará el individuo. Si el objeto de la esperanza es un sujeto trascendente, la vida cobrará un matiz trascendente. Lo mismo podemos afirmar del caso contrario. Y esto es así porque el individuo se esfuerza siempre en conseguir la meta, poniendo todo su ser al servicio de esta meta. Por ello, las metas, los ideales, es decir, la esperanza puede ponerse en un sinnúmero de objetos. “« *el hombre no puede vivir sin esperanza: su vida, condenada a la insignificancia, se convertiría en insoportable* ». Frecuentemente, quien tiene necesidad de esperanza piensa poder saciarla con realidades efímeras y frágiles. De este modo la *esperanza*, reducida *al ámbito intramundano* cerrado a la trascendencia, se contenta, por ejemplo, con el paraíso prometido por la ciencia y la técnica, con las diversas formas de mesianismo, con la felicidad de tipo hedonista, lograda a través del consumismo o aquella ilusoria y artificial de las sustancias estupefacientes, con ciertas modalidades del milenarismo, con el atractivo de las filosofías orientales, con la búsqueda de formas esotéricas de espiritualidad o con las diferentes corrientes de *New Age*.”⁶ La vida consagrada, como hija de este mundo, no está exenta de poner la esperanza también en realidades *efímeras y frágiles*. Lo analizaremos en el siguiente inciso de este artículo.

Nos queda por último dar una definición de la esperanza, como virtud humana. Siguiendo a Laín Entralgo podemos decir que la esperanza es “una espera confiada”, o como más explícita dice Marcel “la esperanza es la disponibilidad de un alma que ha entrado suficientemente en la experiencia de la comunión, para realizar aquel acto trascendente contra la oposición de la voluntad y del conocimiento, por medio del cual (acto) testimonia la duración vital para la que aquella experiencia es fundante y principio.”⁷ De acuerdo a esta definición podemos vislumbrar algunos elementos constitutivos de la esperanza, como son la fe en el absoluto (o en cualquier objeto), la confianza incondicionada (que se traduce en una entrega incondicionada) y la disponibilidad como postura de vida.

Virtud cristiana.

Hemos visto que la esperanza pone su confianza en un objeto, objeto que hará mover a la persona y que determinará su vida de alguna forma muy característica. Todas las personas, por el deseo innato que tienen de felicidad, deseo que Dios ha puesto en sus corazones, esperan alcanzar la felicidad. Podemos decir por tanto, que todos los hombres ponen su esperanza en la felicidad. Al estudiar la esperanza como virtud cristiana debemos preguntarnos sobre el objeto de la felicidad para el cristiano. Leemos así en los números 1718 y 1719 del Catecismo de la Iglesia Católica. “(1718) Las bienaventuranzas responden al deseo natural de felicidad. Este deseo es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia El, el único que lo puede satisfacer. Ciertamente todos nosotros queremos vivir felices, y en el género humano no hay nadie que no dé su asentimiento a esta proposición incluso antes de que sea plenamente enunciada. (S. Agustín, mor.

⁶ Juan Pablo II, *Exhortación apostólica post-sinodal Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n. 10.

⁷ Gabriel Marcel, *Homo viator*, 86.

eccl. 1, 3, 4). ¿Cómo es, Señor, que yo te busco? Porque al buscarte, Dios mío, busco la vida feliz, haz que te busque para que viva mi alma, porque mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti. (S. Agustín, conf. 10, 20.29). Sólo Dios sacia. (Santo Tomás de Aquino, symb. 1). (1719) Las bienaventuranzas descubren la meta de la existencia humana, el fin último de los actos humanos: Dios nos llama a su propia bienaventuranza. Esta vocación se dirige a cada uno personalmente, pero también al conjunto de la Iglesia, pueblo nuevo de los que han acogido la promesa y viven de ella en la fe.”

Vemos por tanto que la meta de la existencia humana viene a descubrirse por la revelación en las bienaventuranzas. Ahí se encuentra el ideal al que todo cristiano debe aspirar. Poniendo su esperanza en las bienaventuranzas, el hombre encuentra su felicidad. Podemos decir, junto con el Catecismo que: “(1817) La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. ‘Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa’ (Hb 10,23). Este es ‘el Espíritu Santo que El derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna’ (Tt 3, 6-7). (1818) La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad.”

El hombre con la virtud de la esperanza cristiana pone su confianza en las promesas de Dios sobre su vida, sobre la vida de todos los hombres y del mundo. No es por tanto una expectación pasiva, sino una colaboración amorosa para que estas promesas se lleven a cabo. La virtud cristiana de la esperanza no quita nada a la virtud humana de la esperanza. Al contrario, la complementa. Por ello, el cristiano al esperar en las promesas de Dios no permanece inactivo. Son estas promesas las que hacen su ideal, su meta en la vida. Y en ellas pone toda su confianza y de ellas saca las mismas fuerzas para hacer que esas promesas se hagan realidad.

No es por tanto la virtud de la esperanza cristiana una virtud pasiva, sino una virtud eminentemente activa. El cristiano es el *peregrino* por excelencia. El que tiene una meta en el más allá, pero que lo pone en práctica en el *más acá*. Consigue su meta no sólo en el futuro, sino en el presente. Es más, es el presente el que le promete el futuro, en la medida en que sepa trabajar el presente, es decir, hacer del presente “prenda de la vida eterna”. Teniendo en las promesas de Cristo la base de la esperanza, su peregrinar se convierte en una lucha constante por descubrir las huellas de las promesas de Cristo en su vivir cotidiano. Y la mujer consagrada tiene tanto que hacer en estos tiempos para descubrir las huellas de lo eterno en lo perecedero. “La esperanza (cristiana) debe anudar el lazo entre lo <<intemporal>> de la fe y la temporalidad de la vida cotidiana. Pues ella es la que completa la <<verticalidad>> del paso de la fe, con la <<horizontalidad>> de la espera de los acontecimientos que operan misteriosamente la venida del Nuevo Reino.”⁸

Elementos que serán la base de la esperanza cristiana son la humildad, la fe y la fortaleza. Diversos autores han visto siempre a la humildad y la fe como esenciales a la esperanza. Fe para asegurar la afirmación de lo eterno en y sobre lo temporal. San Pablo se sitúa en esta línea y concibe a la fe como el principio determinante del futuro. “La seguridad de la fe actualizada en el acto de esperanza, no es una conclusión intelectual o una previsión inteligente del hombre, sino un don gratuito, proclamado y anunciado por la revelación de Dios en Cristo.”⁹

⁸ Ch. Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, IV, 2, 1064.447

⁹ Alonso Salazar, *Teología del acto de esperanza*, PS Editorial, Madrid, 1974, p. 63.

La humildad, que no es signo de pasividad, sino de entrega incondicionada a la voluntad de Dios, y de aceptación positiva de la misma. Humildad para poner toda la esperanza en las promesas de Dios y no en la soberbia de pensarse como centro de la creación, haciendo de sí mismo el objeto de la esperanza. Objeto que por otra parte no puede prevalecer por mucho tiempo, ya que la esperanza busca un objeto que subsista más allá del individuo. Si el hombre, como sucede a menudo, se pone como objeto de la esperanza, pronto se desilusionara o caerá en la desesperación, ya que el objeto de la esperanza pronto vendrá a agotarse¹⁰

Y también debemos añadir la virtud de la fortaleza¹¹, especialmente en los tiempos en los que nos toca vivir. La mujer consagrada en Europa se da cuenta, que si bien puede tener su esperanza en las promesas de Cristo, los embates del mundo, los esfuerzos muchas veces contrastados por el desbalance con los resultados harán que surja la tentación de darse por vencida, de no sentir la necesidad de seguir luchando. Por ello es necesario que haga acopia de fuerzas y viva la virtud de la fortaleza para seguir esperando, para seguir luchando por hacer que las promesas de Cristo se hagan realidad. Podemos decir con Romano Guardini, que la mujer consagrada en Europa sabe que su identidad está fijada por la eternidad, pero muchas veces no lucha por hacer que esa eternidad se haga realidad en esta tierra. Es consciente, como dice Ignazio Sanna, que su búsqueda está orientada a descubrir el proyecto eterno en el cotidiano, “a hallar la verdad en el cotidiano.”¹²

Con las definiciones de la esperanza como virtud humana y la esperanza como virtud cristiana, podemos pasar revista a la situación de la esperanza en la vida consagrada femenina en Europa.

2. Situación de la falta de esperanza en las religiosas.

Parecería irónico preguntarnos sobre la situación de la esperanza de la vida consagrada en Europa, especialmente en las mujeres consagradas. Y sin embargo el análisis de la realidad nos habla de hechos que por sí mismos conviene tomar en cuenta y no pasar a la ligera¹³.

Es difícil hablar de falta de esperanza en las personas consagradas, personas que por profesión deberían vivir la esperanza. La vida consagrada, según lo expresan los últimos documentos del Magisterio de la Iglesia, desde el decreto *Perfectae caritatis* hasta la instrucción *Ripartire da Cristo* se refieren siempre a la vida consagrada como un modo estable de vida para seguir más de cerca de Jesucristo. De esta forma, Jesucristo viene a ser el ideal a seguir, la meta a alcanzar, el objeto de

¹⁰ “En la raíz de la pérdida de la esperanza está el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo. Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como « el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre. El olvido de Dios condujo al abandono del hombre », por lo que, « no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo, en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta del hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria ». La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera.” Juan Pablo II, *Exhortación apostólica post-sinodal Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n. 9.

¹¹ “La fortaleza es una virtud infundida por Dios con su gracia en el apetito irascible, vigorizándole para que no desista de procurar el bien arduo, ni siquiera por los mayores peligros corporales (...) Es virtud especialmente necesaria para resistir, pues, como enseña Santo Tomás con sutileza psicológica, <<es más difícil resistir que atacar>>.” José Rivera, José María Iraburu, *Espiritualidad católica*, Ed. Centro de estudios de teología espiritual, Madrid, 1982, p. 288

¹² Ignazio Sanna, *La domanda di speranza nella modernità*, en Semana de Espiritualidad Carmelitana, 13.2.2005.

¹³ Nota del editor. El autor ha dedicado los últimos cuatro años a una profusa labor de investigación sobre la situación de la vida consagrada en Europa. Cuenta en su investigación con más de 350 estudios dedicados a congregaciones femeninas españolas, italianas, francesas, holandesas y alemanas.

toda esperanza en la vida de la persona consagrada. Si esto es así, la vida de la persona consagrada debería moverse siempre para conseguir el objeto de su esperanza, o sea Cristo.

Dando este supuesto como principio de la vida consagrada, es justo que nos preguntemos por los resultados de esta esperanza. En la esperanza humana y cristiana, los frutos son los que nos permiten valorar la vivencia de la esperanza. Quien de alguna manera se encuentra en pie de lucha por alcanzar el ideal, a pesar de que los resultados sean muchas veces exiguos con respecto al esfuerzo invertido, podemos decir que vive en clave de esperanza, vive siempre en una sana tensión entre la realidad temporal y la realidad eterna, lo cual es una demostración de la vida vivida en clave de esperanza. Quien por el contrario se contenta con sólo creer y ha dejado de luchar porque considera que las circunstancias son difíciles y de que nada o poco se puede conseguir, quien no se aplica para vivir en forma entusiasmada su vocación, podemos decir que ha perdido la esperanza en la vida consagrada, y concretamente, en su consagración. Vive como si no viviera, su vida se asemeja a la de un fantasma: sabemos que está ahí pero no sabemos cómo ni cuándo se hará presente.

Esta situación tiene su vertiente general en muchas manifestaciones de la vida consagrada. Cuando se pierde la esperanza se pierden las ganas y el entusiasmo por vivir, por compartir el ideal, por buscar acerca el mayor número de almas a Cristo. Un fenómeno de esta falta de esperanza lo vemos en el descenso de las vocaciones en Europa. Si bien no es por sí sólo un dato que pueda darnos el índice de la vivencia de la vida consagrada en Europa, nos habla del fervor y de la esperanza con la que se está viviendo la vida consagrada en este Continente¹⁴. Quien tiene fija su esperanza en las promesas de Cristo, lucha porque esas promesas se hagan realidad. No se trata por tanto de cuestionarnos en la fe que las mujeres consagradas tienen en las promesas que Cristo ha hecho a ellas y a la Iglesia. De eso podemos estar seguros. Ellas creen en estas promesas. Se trata más bien de cuestionarnos si esperan en lo que creen, si esperan en esas promesas.

El análisis de la realidad parece demostrarnos una cosa muy lejana a la esperanza. Si bien es cierto que existen muchos otros argumentos que con rigor científico, del cuál no quiero poner en duda, nos dan la explicación al desencanto en la vida consagrada y a su respectiva baja en Europa, muchos de estos argumentos olvidan o dan por descontado el aspecto espiritual de la vida consagrada. La vida consagrada, si podemos expresarnos de este modo, es un *invento* del Espíritu¹⁵ y como tal debe de ser tratado. Pero si nosotros olvidamos este dato o lo menospreciamos o no le damos su justo valor en el momento de hacer el análisis de la realidad, perdemos de vista el verdadero objetivo de la Congregación. Entonces ya no se habla de falta de esperanza, sino de otros muchos factores que quieren suplantar el aspecto espiritual de la realidad de la vida consagrada en Europa.

Soy consciente que la vida consagrada en Europa se enfrenta a momentos muy importantes y decisivos de su Historia y que por lo tanto no es fácil enfrentar el laicismo que pretende erigirse no sólo como una nueva cultura, sino incluso como una nueva religión, intolerante a todo aquello que no va de acuerdo con sus principios y normas.

¹⁴ Juan Pablo II lo comprueba al decir: “Y es indispensable que los sacerdotes mismos vivan y actúen en coherencia con su verdadera identidad sacramental. En efecto, si la imagen que dan de sí mismos fuera opaca o lánguida, ¿cómo podrían inducir a los jóvenes a imitarlos?” Juan Pablo II, *Exhortación apostólica post-sinodal Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n. 40.

¹⁵ Dice Fabio Ciardi: “Cada Instituto nace y es guiado por el Espíritu. Posee por tanto un dinamismo intrínseco, propio del Espíritu, que lleva a profundizar constantemente la realidad evangélica del carisma, abriendo siempre nuevas expresiones existenciales y operativas.” Fabio Ciardi, *In ascolto dello Spirito*, Città Nuova Editrice, Roma, 1996, p. 124.

No es fácil tampoco educar la juventud en un mundo en donde la parroquia, la familia y la escuela católica han sido suplantadas por una cultura relativista en donde los medios de comunicación se erigen como los formadores de las conciencias, dictando lo que es bueno y lo que es malo.

No es fácil tampoco discernir adecuadamente el proceso que debe tomarse para hacer germinar nuevamente las vocaciones para la vida consagrada. Pero sabemos bien que cuando alguien vive con alegría y plenamente su vocación, es una persona que contagia esperanza y es una persona que atrae a sí a otras muchas. Por ello cabe muy bien cuestionarnos si la mujer consagrada en Europa ha dejado de esperar en lo que cree.

Inútil cuestionarnos sobre la falta de esperanza de las religiosas, especialmente en Europa. Existe, es un hecho y las consecuencias las vemos por doquier. Es como una enfermedad, un cáncer que consume el cuerpo, una sequía que devasta los campos. Nos damos cuenta de ella por sus consecuencias. En la enfermedad, no se ve la enfermedad misma, sino los estragos que causa en la salud. En el campo, no se ve la sequía, sino los árboles sin hojas ni frutos, torcidos por falta de agua y los campos quemados, maltrechos, estériles. Y en la vida consagrada no se ve la falta de esperanza, sino la falta de una vida gozosa y esperanzadora. Falta vida gozosa y esperanzadora en la santidad personal, en la vida comunitaria, en el testimonio de la vida consagrada en la sociedad.

No podemos diagnosticar la falta de esperanza en la vida consagrada femenina más que por sus consecuencias, por lo que vemos en el exterior. Y lo que vemos en el exterior en Europa es una baja en las vocaciones que origina un envejecimiento constante en las Congregaciones, un redimensionamiento geográfico y un abandono o cierre de las obras apostólicas. Es cierto que no podemos generalizar la situación en Europa, pero a fuerzas de un rigor científico que invita a aceptar un hecho, no podemos menos que admitir lo que la gran mayoría de las congregaciones en Europa está pasando por estos momentos.¹⁶ Un panorama que no puede ser más que calificado como desolador.

Y sobre este punto, sobre la situación desoladora de la vida consagrada en Europa, se escribe y se dice tanto. Explicaciones como la de un laicismo que quiere ver ya la muerte de la vida religiosa en Europa, como lo habían anunciado al iniciar el Sínodo de los Obispos de la Iglesia en Europa. Una explicación meramente pragmática que ve en la vida consagrada sólo la contribución práctica que puede dar a la sociedad. Si los trabajos que realizaba la vida consagrada en los hospitales, las escuelas, los orfanatos y muchas otras realidades sociales, ya está cubierta amplia y profesionalmente por el Estado y por la misma sociedad a través del voluntariado organizado, la vida consagrada no tiene su razón de ser. Y este argumento que podría parecer muy lejano de influenciar a la vida consagrada en Europa, ha influenciado muchas congregaciones religiosas que constantemente debaten sobre su permanencia en la Historia. No se consideran ya necesarias, porque sólo lo ven con una visión horizontalista y pragmática, pues han perdido la referencia carismática de la espiritualidad de su carisma. Así, sin una vivencia esperanzadora en el futuro, se dejan andar por las difíciles situaciones actuales, programando el cierre de obras, sino es que el cierre mismo de la Congregación o el cambio del carisma, alejándose del espíritu para el cuál el Fundador/a dio vida al Instituto.

Otra serie de explicaciones argumentan la necesaria purificación que debe darse en la vida consagrada, apegada, según ellos, a muchos aspectos organizativos meramente externos de la vida consagrada y también a ciertos aspectos de poder¹⁷. Los fenómenos que se observan de desencanto

¹⁶ Bástenos pensar que según datos recientes, el mayor número de las religiosas en Italia (21%) se encuentra comprendido entre los 70 y los 80 años de edad.

¹⁷ “Muchas veces las congregaciones religiosas sucumben también la cultura de la gestión. Aquellos que son llamados a gobernar se convierten en “La administración”; hermanos y hermanas se transforman en “personal”. He encontrado

en la vida consagrada tienen como origen la descentralización del poder que se había venido dando en algunas congregaciones. El desencanto no es más que una lógica consecuencia de la reorientación que se están dando en las estructuras directivas de la Congregación, que busca el alejamiento del poder y de aquellos símbolos que se detentaban como esenciales de la vida consagrada y de la Congregación. Para ellos no hay desesperanza en la baja de vocaciones, el redimensionamiento de la Congregación o el cierre de las obras. Estos fenómenos se ven como necesarios para alcanzar la purificación del Instituto y su adecuado re-ordenamiento hacia una vida consagrada alejada del poder y complaciente con las estructuras del poder.

Similar a esta postura es la de aquellos que ven en los fenómenos antes descritos una consecuencia del caos al que es necesario llegar para la refundación de las Congregaciones¹⁸. Para estos autores, así como Dios pudo sacar del caos la creación, así Dios sacará del caos en el que se encuentran ciertas congregaciones, una nueva creación, que ellos llaman una refundación. Basta ser fiel a la profecía para pasar del caos a la refundación.

Otra explicación, podríamos decir fideísta, hace ver que las cosas son así, porque Dios lo ha querido de esa manera. Así como el suscitó vocaciones y esplendor en las Congregaciones, ahora Él está suscitando estos momentos de prueba. Es simplemente su voluntad y no se puede hacer otra cosa más que aceptar su voluntad. Ya vendrán, dicen ellos, tiempos mejores, con más vocaciones, mayor crecimiento y nuevas obras de apostolado. Conviene por tanto resignarse y vivir de la mejor manera posible estos tiempos difíciles, al fin que, como ellos aseguran, vendrán otros tiempos mejores.

Todas estas explicaciones y otras más nos invitan a replantearnos si los signos que hemos anotado – baja de vocaciones, redimensionamiento de las congregaciones y cierre de algunas obras de apostolado-, son verdaderos signos de una desesperanza en la vida religiosa o son signos de otra situación, ya sea del fin de la vida consagrada, de una purificación de ella misma, del nacimiento de un nuevo tipo de vida consagrada o de que Dios ha querido estos momentos difíciles para la vida consagrada.

Sin embargo, visto bajo otro punto de vista podemos afirmar, con el Catecismo de la Iglesia en el número 1818, que algunas mujeres consagradas en ciertos momentos de su vida y de esta etapa de la Historia en Europa han vivido o están viviendo a nivel individual, comunitario o congregacional una falta de esperanza que se demuestra en el desaliento, el desfallecimiento y el desencanto.

No queremos pecar de simplistas y no darnos cuenta de la situación tan difícil, ya anotada, por la que atraviesa Europa en estos momentos. Sin embargo, es precisamente en estos momentos cuando Europa necesita verdaderamente de mujeres consagradas, no sólo que crean, sino que esperen. Mujeres consagradas que quieran poner su esperanza en la invitación que hace Juan Pablo II a la vida consagrada en Europa: “La *aportación* específica que las personas consagradas pueden ofrecer al Evangelio de la esperanza *proviene de algunos aspectos que caracterizan la actual fisonomía cultural y social de Europa*. Así, la demanda de nuevas formas de espiritualidad que se produce hoy en la sociedad, ha de encontrar una respuesta en el reconocimiento de la *supremacía absoluta de Dios*, que los consagrados viven con su entrega total y con la conversión permanente de una existencia ofrecida como auténtico culto espiritual. En un contexto contaminado por el laicismo y subyugado por el consumismo, la vida consagrada, don del Espíritu a la Iglesia y para la Iglesia, se convierte cada vez más en signo de esperanza, en la medida en que da testimonio de la dimensión

superiores generales cuyas oficinas me recordaban corporaciones multinacionales. El superior general se convierte en el Director jefe de una oficina. Los capítulos establecen los objetivos y valoran los resultados. Todo debe ser medido, y la medida es sobretodo el dinero.” Timothy Radcliffe, op, *La vida religiosa después del 11 de septiembre en Passione per Crisito, passione per l’umanità*, Paoline Editoriale, 2005, p. 192.

¹⁸ Gerard A. Aurbuckle, sm., *Out of chaos*, Paulist Press, New Jersey, 198

trascendente de la existencia. Por otro lado, en la situación actual de pluralismo religioso y cultural, se considera urgente el testimonio de la *fraternidad evangélica* que caracteriza la vida consagrada, haciendo de ella un estímulo para la purificación y la integración de valores diferentes, mediante la superación de las contraposiciones. La presencia de nuevas formas de pobreza y marginación debe suscitar la creatividad en la *atención de los más necesitados*, que ha distinguido a tantos fundadores de Institutos religiosos. Por fin, la tendencia de la sociedad europea a encerrarse en sí misma se debe contrarrestar con la disponibilidad de las personas consagradas a continuar la *obra de evangelización en otros Continentes*, a pesar de la disminución numérica que se observa en algunos Institutos.”¹⁹

Pero para poner en pie esta iniciativa se necesita vivir la virtud de la esperanza. Mujer consagrada europea, yo te pregunto, ¿es posible que recuperes la esperanza?

3. ¿Es posible recuperar la esperanza?

a. El motivo fundamental de la esperanza.

Poner la esperanza en Cristo no significa otra cosa que esperar confiadamente en su actuación, tanto en la historia personal, como en la historia de la Congregación y en la Historia de la humanidad, especialmente en la Europa de inicios del tercer milenio. Tal parece que la mujer consagrada debe y puede hacer vida las palabras que dirige Juan Pablo II a Europa, al final de la Exhortación apostólica post-sinodal *Ecclesia in Europa*. Estas palabras las debe hacer suyas cada una de las mujeres consagradas en Europa. “¡*No temas!* El Evangelio no está contra ti, sino en tu favor. Lo confirma el hecho de que la inspiración cristiana puede transformar la integración política, cultural y económica en una convivencia en la cual todos los europeos se sientan en su propia casa y formen una familia de naciones, en la que otras regiones del mundo pueden inspirarse con provecho.

¡*Ten confianza!* En el Evangelio, que es Jesús, encontrarás la esperanza firme y duradera a la que aspiras. Es una esperanza fundada en la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte. Él ha querido que esta victoria sea para tu salvación y tu gozo.

¡*Ten seguridad!* ¡El Evangelio de la esperanza no defrauda! En las vicisitudes de tu historia de ayer y de hoy, es luz que ilumina y orienta tu camino; es fuerza que te sustenta en las pruebas; es profecía de un mundo nuevo; es indicación de un nuevo comienzo; es invitación a todos, creyentes o no, a trazar caminos siempre nuevos que desemboquen en la « Europa del espíritu », para convertirla en una verdadera « casa común » donde se viva con alegría.”²⁰

El motivo fundamental de la esperanza es la misión que le toca realizar, misión que le viene por su especial consagración a Dios, a través de la profesión de los consejos evangélicos y misión que le viene escrita, como un código genético en el carisma de su congregación. En estos momentos tan importantes de la Historia en Europa, repetimos, la mujer consagrada debe encontrar en el carisma la razón fundamental de su esperanza. Frente al cuestionamiento que muchas veces se hace de su consagración, cuestionamiento que tiende a llevarla al desencanto, la desesperación, la desilusión y la desesperanza, ella debe dar como respuesta el buscar cumplir en estos tiempos el carisma de la congregación. El carisma es la forma de vivir el evangelio y es el evangelio del que está sediento Europa y los europeos, aunque muchos de ellos no lo saben, pero lo anhelan en lo íntimo de su corazón. Buscan un significado, una esperanza cierta para su vida, y es el carisma la respuesta a esas ansias de darle un significado concreto a la vida.

¹⁹ Juan Pablo II, *Exhortación apostólica post-sinodal Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n. 38.

²⁰ *Ibidem*. n. 121.

Es lógico que la mujer consagrada encontrará una desproporción muy grande entre sus debilidades, las fuerzas del maligno y las diversas situaciones por las que atraviesa Europa, que hemos venido analizando en este artículo. Es necesario, para recuperar la esperanza, que la mujer consagrada se conozca, se acepte. Pero que se acepte como instrumento de Dios. Es un instrumento y en la medida en que sea instrumento y esté más unida a Dios, en esa medida podrá vivir la esperanza y ser más fecunda en su vivencia del carisma. En la medida en que crea que es el Espíritu Santo el que va a hacer la labor en las almas, primero en su alma y después en las almas a ellas confiadas por la Providencia, en esa medida Él trabajará y Él será el artífice y en esa medida podrá vivir la esperanza.

El motivo fundamental de la esperanza es por tanto la misión que debe realizar la mujer consagrada en Europa, a través del carisma que Dios ha querido para ella en la congregación. Es una lucha constante que debe realizar para poner en pie esta obra, una lucha contra ella misma y contra las circunstancias y situaciones adversas. Lo que la debe mantener en pie de lucha, a pesar de esas dificultades y de las posibles caídas o desalientos que seguramente vendrán, es la confianza en la victoria de Cristo, que es actual y al mismo tiempo promesa. No pertenece por tanto a la esperanza cristiana el quejarse por los fracasos, sino más bien el poner la confianza en el triunfo futuro. Es esta confianza en que Cristo la que llevará a la mujer consagrada a intentar una y otra vez, por todos los medios necesarios, los caminos para poner en práctica el carisma, segura de que Dios estará actuando en la medida de su disponibilidad, de su esfuerzo y de su lucha. La esperanza cristiana da a la persona las fuerzas para que la persona abra caminos para que a través de ellos llegue la gracia y así se materialice el carisma. Una persona desesperanzada permanece inactiva y Dios no obra milagros sin la cooperación del hombre, pues “la gracia supone la naturaleza”.

b. Confianza en el carisma.

Hemos dicho que el motivo fundamental de la esperanza es la misión que Cristo ha encomendado a la vida consagrada y que viene actualizada por las palabras de Juan Pablo II en el número 38 de la *Exhortación apostólica post-sinodal*, ya antes citada. Es éste, a mi parecer uno de los núcleos fundamentales de la esperanza de la vida consagrada en nuestro tiempo, puesto que ahí se encierran las promesas de Cristo.

Ahora bien esta confianza en las promesas de Cristo se materializa para la vida consagrada en el carisma. Es muy fácil decir que se debe tener esperanza en la misión de la vida consagrada, pero es necesario confiar en cosas concretas, es necesario dar a la esperanza un cauce para que pueda confiar con serenidad, esperar la realización de algo que “aún no es”, pero está por venir. El carisma, dentro de las muchas acepciones que podemos darle es “la comprensión de una determinada dimensión evangélica que la lleva a poner en práctica un particular tipo de exégesis... El Espíritu abre la mente de los fundadores/as para que comprendan la Escritura (cf. Lc. 24, 25). El Espíritu se vale de ellos como intérprete y exegeta de las enseñanzas de Cristo.”²¹ Como una interpretación válida del evangelio, el carisma posee en sí mismo las promesas de Cristo, ya que quien vive el evangelio, o se esfuerza por vivirlo, vive las bienaventuranzas, ya que ellas son una síntesis de todas las enseñanzas que Cristo nos ha propuesto en el evangelio. El carisma contiene por tanto las bienaventuranzas, vividas bajo la dimensión y la perspectiva con las que las ha vivido el Fundador/a y las ha querido para el Instituto. Observamos pues, como los primeros seguidores en cada uno de los Institutos, han creído y han esperado en el carisma. Sobre de él se han volcado y por él han dado toda su vida, seguros de que habían “puesto su esperanza en algo que no desilusiona.”

²¹ Fabio Ciardi, *In ascolto dello Spirito*, Città Nuova Editrice, Roma, 1996, p. 68.

Voluntad, evangelio y carisma significó para ellos la misma cosa, sin hacer una división mental entre ninguno de los tres.

En el período de la renovación el Magisterio insiste varias veces en volver al espíritu del Fundador/a. “Se invita pues a los Institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy,”²² algo que viene a ser como el eco de aquel primer llamamiento que consignaba la *Perfectae caritatis* como una de las piedras fundamentales de la renovación: “Redunda en bien mismo de la Iglesia el que todos los Institutos tengan su carácter y fin propios. Por tanto, han de conocerse y conservarse con fidelidad el espíritu y los propósitos de los Fundadores, lo mismo que las sanas tradiciones, pues, todo ello constituye el patrimonio de cada uno de los Institutos.”²³ El volver al espíritu del fundador no significa volver al estado original de las cosas, sino aprender la forma en que él/ella vivió el evangelio. Podemos decir que la mujer consagrada del siglo XXI debe aprender a esperar en el evangelio, de la misma manera en la que el Fundador/a espero en el evangelio. La historia de las fundaciones repite de alguna manera un mismo modelo. Hombre y mujeres que sin nada o con muy poco en el aspecto material, se lanzan a la aventura de la fe porque creen en lo que esperan y esperan en lo que creen. Su fe, como la de Abraham es una fe fuerte, pero su esperanza es más grande aún. Y es ésta esperanza la que los hace ser *profetas y visionarios* de un mundo nuevo, de un mundo mejor y son capaces de arrastrar con ellos *cielo, mar y tierra* para poner en pie el carisma, es decir, el evangelio vivido en las situaciones más diversas y originales. Estos hombres y mujeres, en palabras de Marco Guzzi, “han sabido esperar en un mundo sin muerte (...) en donde sólo existirá la libertad creativa de los hijos de Dios, que ya desde ahora pueden hacer sus milagros de liberación-curación, acelerando el fin de este mundo.”²⁴

Y para vivir la misma esperanza con la que han vivido el evangelio y el carisma los Fundadores/as, es necesario reproducir en nuestras vidas la misma experiencia que ellos han tenido de Cristo. Sólo en la medida en que la persona consagrada experimente Cristo como lo ha experimentado su Fundador/a, sólo en esa medida se sentirá impelido a hacer algo por Cristo y por la humanidad, confiando toda su vida en el carisma que Dios ha regalado a la Iglesia a través de la Congregación o el Instituto. Es de alguna manera el *reapropiarse*²⁵, hacer propio, el carisma del Fundador/a.

c. Esfuerzo personal.

Para recuperar la esperanza no basta sólo con querer vivir el carisma. Hay que vivirlo, es decir, hay que ponerlo en práctica. Siendo que en el carisma se encuentran englobadas las promesas de Cristo, la mujer consagrada debe tener confianza en que podrá vivir en primera persona el carisma de la Congregación.

Es cierto que estamos viviendo momentos difíciles, momentos de grandes cambios en la vida consagrada. Sabemos casi a retahíla cuáles son las dificultades por las que atraviesan las Congregaciones y sin embargo, paradoja inconcebible, se hace muy poco o nada, por superar esas dificultades, lo más que se hace, en muchos casos, son ejercicios de mera sobrevivencia. Se habla muchas veces de un momento de purificación, de un momento de crisis, de un momento de pequeñez y de sencillez. Tal parecería que pensar en el futuro, que pensar con la misma iniciativa,

²² Juan Pablo II, *Exhortación apostólica post-sinodal Vita consacrata*, 25.3.1996, n. 37.

²³ Concilio Vaticano II, *Decreto Perfectae caritatis*, 28.10.1965, n. 2.

²⁴ Marco Guzzi, *Tsunami: il male del mondo e la nostra speranza*, en *Consacrazione e servizio*, Anno LIV n. 3 Marzo 2005, p. 79.

²⁵ Sobre este término véase las actas del Convenio Internacional de la Vida Consagrada del 25 de noviembre de 2005. Concretamente, la relación que en dicho Congreso sostuvo Mons. Franz Rodé, Prefecto de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica.

el mismo gozo y la misma esperanza que el Fundador, fuera sólo un alimentar la idea de la grandeza.

Sin embargo, quien tiene al carisma como centro de sus esperanzas, lejos de alimentar ideas de grandeza, alimenta ideas de ayuda evangélica. Si el Fundador/a soñó y tuvo la osadía de construir casas, comunidades y obras apostólicas, no fue para *alimentar ideas de grandeza*, pues no creo que hasta ese momento a ninguno de ellos o de ellas se les haya tachado de psicóticos o megalómanos. Más bien era tanto su amor por Cristo, por el evangelio y por las almas, que como profetas y videntes, confiaban, esperaban y hacían presente el futuro.

Si ahora los tiempos han cambiado, nuevo sofisma al que muchas veces se enfrenta la vida consagrada, el carisma debiera ser precisamente la respuesta, con las debidas adaptaciones como ha venido señalando el Magisterio desde el Concilio. El carisma no será la panacea a todos los problemas y necesidades de la humanidad, pero sí lo será para esas necesidades y esos hombres para los que Dios lo inspiró.

La mujer consagrada, si quiere vivir en clave de esperanza debe tener, como hemos dicho anteriormente, confianza en el carisma. Pero es necesario que añadamos también el esfuerzo personal. No basta con tener confianza, si esta confianza no se materializa. Caeríamos en el argumento provocatorio de este artículo, ya que quien espera sin confiar en su esfuerzo es como quien no espera en lo que cree. Confiar en el esfuerzo significa que con cada una de las obras que realizamos con el espíritu del carisma, estamos de alguna manera haciendo que las promesas de Cristo se lleven a la práctica. Estamos de alguna manera adelantando su Reino.

La esperanza que se pide a una mujer consagrada del Tercer Milenio no es la esperanza escatológica en los últimos tiempos. Ciertamente se le pide esa esperanza, pero también se le pide que actualice su esperanza, confiando en su esfuerzo personal. Y para ello debe trabajar, hacer un esfuerzo personal diario.

Quien no trabaja, quien no se pone en pie todos los días con la ilusión de trabajar por hacer presente el Reino de los Cielos con el carisma que Dios le ha regalado a su Instituto, no puede decir que está viviendo la esperanza. Y por trabajo no me refiero únicamente a las obras materiales. Me refiero al esfuerzo personal por vivir cada día más y mejor, con mayor perfección –no tengamos miedo a utilizar adecuadamente esta palabra- el carisma que el Fundador le ha dejado. Esfuerzo que se cristaliza en la oración personal, en los actos comunitarios desde la liturgia vivida en comunidad hasta los momentos comunes de recreación. Esfuerzo personal por llevar a cabo con perfección los actos de obediencia, pobreza y castidad que marcan las Constituciones, el directorio o el reglamento y el horario. Esfuerzo por aplicarse profesionalmente en la labor que el Instituto o la Congregación le han encargado.

Este esfuerzo significa una higiene mental que permite al alma estar siempre atenta a escuchar la voz del Esposo “ven Amada mía, esposa mía”, como dice el Cantar de los Cantares. Quien no hace un esfuerzo por vivir con perfección lo mejor posible su vida consagrada, caerá fácilmente en el desinterés, en el desaliento y tarde o temprano irá a engrosar las filas de aquellas almas consagradas que viven más por inercia que por esfuerzo personal. “Uno de los más grandes obstáculos al crecimiento humano y cristiano es la inercia. Existe como una pesadez que frena constantemente todos nuestros esfuerzos y nuestros entusiasmos.”²⁶

²⁶ Marco Guzzi, *Tsunami: il male del mondo e la nostra speranza*, en *Consacrazione e servizio*, Anno LIV n. 3 Marzo 2005, p. 82.

El esfuerzo persona mantiene el alma y el cuerpo ágil, a pesar del paso del tiempo, para vivir con la gozosa ilusión de hacer algo por Cristo, por la Iglesia, por las almas. Estamos hablando por tanto de esfuerzo, de dar siempre lo mejor de sí mismo, no sólo del mero trabajo en general. La diferencia entre un trabajo y un esfuerzo es de valor estrictamente cualitativo. Quien trabaja realiza materialmente las obras, pero su espíritu puede estar en otra parte, o quizás, muerto. Quien se esfuerza pone su espíritu en lo que está trabajando. “Cuerpo y alma” se unen en el esfuerzo, mientras que el cuerpo es aquel que sólo realiza un trabajo. Esta diferencia cualitativa que viene a concretizarse en poner el espíritu en lo que se hace es fruto de una visión esperanzadora de la obra que se está llevando a cabo. Quien nada espera, o espera poco, de aquello que realiza, tiene su horizonte fijado en la obra. En cambio quien se esfuerza, espera mucho de aquella obra, pues conoce o tiene esperanza en la trascendencia de esa obra.

Y así como el esfuerzo es producto de la esperanza, también el esfuerzo abre a la esperanza. Se puede recuperar la esperanza, cuando ésta no existe o se ha perdido, cuándo comenzamos a realizar las cosas con verdadero esfuerzo, viviendo la diferencia cualitativa, es decir, poniendo nuestro espíritu en lo que realicemos. Al poner *alma* y *cuerpo* en la obra, estamos abriéndonos al trascendente y así, nos abrimos a la esperanza, pues cuando el hombre pone su espíritu en lo que hace, se abrirá al porqué, a las razones por las que se está esforzando y no meramente trabajando. “Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que puede tener fin.”²⁷

d. Confesar a Jesucristo, como la esperanza que no desilusiona.

Hemos hablado hasta este momento de la parte de la esperanza, pero de alguna manera hemos olvidado la parte de la fe y la mujer consagrada no puede esperar si no tiene fe, ya que se espera en aquello que se cree. Por ello conviene revisar la fe en lo que se cree.

El motivo de la esperanza, la confianza en el carisma y el esfuerzo personal ayudan a la mujer consagrada a abrirse a la esperanza, pero lo que en realidad fundamenta la esperanza cristiana es el objeto último de la esperanza, Jesucristo. “Jesucristo es el Señor; en Él y en ningún otro se encuentra la salvación” (cf. Act. 4, 12). Es en Jesucristo en donde se apoya la verdadera esperanza cristiana. Por lo tanto, si la mujer consagrada quiere recuperar o aumentar su esperanza deberá confesar su fe en Jesucristo.

No se trata por tanto sólo de creer en Jesucristo, sino de confesar a Jesucristo. No es la acción simple y sencillamente interna de la fe en Jesucristo la que abrirá la esperanza a la mujer consagrada, sino la confesión de esa fe en Jesucristo. Una confesión de fe que pasa necesariamente por la Iglesia, “es la Iglesia el canal a través del cual pasa y se difunde la ola de gracia que sale del Corazón traspasado del Redentor.”²⁸

No es por tanto cualquier fe en Jesucristo la que se debe confesar, sino la fe que la Iglesia tiene en Jesucristo. Un Jesucristo que la Iglesia puede presentar aún ahora como capaz “de constituir una contribución esencial al desarrollo y a la integración de los pueblos europeos.”²⁹

²⁷ Santa Teresa de Jesús, *excl.* 15,3.

²⁸ Juan Pablo II, *Homilía durante la concelebración por la conclusión de la Segunda Asamblea Especial del Sínodo de Europa*, 23.10.1999, 2.

²⁹ Juan Pablo II, *Exhortación apostólica post-sinodal Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n. 18.

Si la Iglesia es capaz de lanzar estas palabras en una Europa fragmentada por la incapacidad de encontrar la verdad, asediada por la violencia, dividida por la falta de integración cultural y envejecida por su falta de esperanza, no es sólo porque cree en Jesucristo, sino que lo confiesa. Creer y confesar podrían parecer términos sinónimos, y sin embargo no lo es, aunque se complementan. La Iglesia sabe (cree) que Jesucristo es la esperanza, pero no se contenta con saberlo, sino que lo proclama (confiesa). La certeza de lo que cree, la lleva a proclamarla porque tiene la seguridad de que Cristo es la solución a todos los problemas a los que se enfrentan la humanidad, ayer, hoy y siempre. No es la fe en un remedio medicinal, sino la fe en quien es el Señor de la Historia y dirige al mundo. Cree, confía y lo confiesa, lo da a conocer.

Del ejemplo de la Iglesia, la mujer consagrada puede aprender mucho y ponerlo en práctica en su vida. Hemos dicho al inicio de este artículo que la mujer consagrada tiene fe, pero ahora deberá preguntarse si el Jesucristo en el que ella ha puesto su fe, es el mismo Jesucristo en quien la Iglesia ha puesto su fe. Mientras la Iglesia espera y sabe que Cristo es la solución a los problemas que abaten a la humanidad, la mujer consagrada europea duda o no tiene una fe tan grande en este Jesucristo. Duda cuando se lamenta de la situación de la niñez, de la juventud y de la familia y no hace nada por acercar a Cristo a estas personas. Duda cuando vive el carisma, que debería ser reflejo del Cristo del evangelio, del Cristo de la Iglesia, con pesadez, sin ilusión, reduciéndolo al marco de su esfera personal, no digamos ya comunitario. Duda cuando no ve solución a los problemas de su Congregación, porque no cree que vivir y experimentar con radicalidad a Cristo podrían darle la solución. Duda porque ella ve que el mundo, especialmente el de Europa se aleja de Cristo y ella no hace nada, porque no tiene fe, o tiene poca fe en este Cristo, para acercar el mundo a Cristo.

Y junto con la fe en el Cristo de la Iglesia, debiera venir también la confesión de este Cristo, a la manera en que lo hace la Iglesia. Una confesión de fe que en Europa se enfrenta al laicismo, en donde es más fácil decirse ateo, que decirse cristiano³⁰. Una confesión de fe en Jesucristo que no teme de inventar cada día nuevas formas de la caridad para hacer presente el mensaje de Cristo en la cultura europea. Una confesión de fe en Jesucristo que no duda en presentar valerosamente el mensaje de Cristo con la aplicación del carisma a las necesidades más actuales de los europeos, porque sabe que el carisma es un don que no le pertenece y que lo debe compartir. Una confesión que la debería dejar inquieta por dar a conocer a Jesucristo.

e. Dejarse penetrar por Jesucristo.

No basta con creer y confesar a Jesucristo para vivir la esperanza. Es necesario dejarse penetrar por Él. Lograr hacer una experiencia persona, todos los días de forma que pueda decirse, como san Pablo: “No soy yo quien vive en mí, es Cristo quien vive en mí.” Hacer la experiencia de Cristo para llegar a tener los mismos sentimientos que Él, es decir, pensar y actuar como Él actuaría. Sólo así la religiosa podrá verdaderamente recuperar la esperanza.

Para hacer esta experiencia de Cristo la mujer consagrada necesita partir del vaciamiento interior, de una *kenosis* total en la que sus puntos de vista, sus juicios, sus convicciones queden a un lado, no porque sean malos, sino porque son *insuficientes*. La persona que vive en clave de esperanza es la que sabe ver lo que otros ven, la que cree lo que otros niegan, la que lucha cuando otros se han dado por vencidos. Es un Abraham que en busca de la tierra prometida es capaz de desconfiar incluso de sí mismo, para confiar absolutamente de Dios. Es una mujer que vive sobrenaturalmente, con los ojos en cielo y los pies en la tierra. Por ello debe de olvidarse de sí misma, para llenarse de los criterios de Jesucristo.

³⁰ *Ibidem*. n. 7.

Jesucristo llena a quien se presenta con el corazón desnudo de todo afecto, porque es un corazón humilde. Jesucristo no puede habitar en un corazón soberbio. Y una persona que no sabe esperar, es una persona soberbia porque ha confiado más en sí misma, o en los otros y en los medios, que en Dios. Es necesario por tanto un proceso de vaciamiento, de dejarse a sí misma y estar dispuesta a que Cristo llene los vacíos que antes eran llenados por los egoísmos.

Un segundo paso es el de conocer a Jesucristo, pero con un conocimiento experimental. Tal parece que hoy vivimos en un mundo religioso inflacionado por cursos, congresos, lecciones, seminarios. Todos ellos con el noble deseo de hacernos conocer más a Jesucristo. Es cierto que la ciencia es necesaria para conocer a Jesucristo y que sin un conocimiento académico adecuado, podemos quedarnos al margen de Jesucristo. Pero más importante que las nociones teóricas, las lecciones académicas de Jesucristo, es el conocimiento vivencial de Jesucristo, aquel que se aprende en la oración y el que se vive día a día. Cuantas religiosas ancianas me ha tocado ver que por diversas causas no pudieron asistir a Universidades o cursos de formación y sin embargo son almas que hablan de Cristo con una gran experiencia. Aprender de ellas la familiaridad con Cristo. La mujer consagrada es Esposa de Cristo y debe vivir su matrimonio espiritual hasta las últimas consecuencias. Una buena esposa es la que conoce en todo a su marido y trata de contentarlo siempre. Por ello, la mujer consagrada deberá experimentar a Cristo para conocerlo mejor y así amarlo mejor.

Y como camino privilegiado para alcanzar este conocimiento experimental de Cristo se encuentra a la oración. Es en ella en donde el alma tiene un encuentro *de tú a tú* con el amado y es allí donde se hace el vaciamiento de criterios y donde se conoce a Cristo. Sólo en la oración es en donde la mujer consagrada se dejará penetrar por Cristo y por sus criterios. De esta forma tendrá a Cristo como centro, criterio y modelo para su vida.

No debemos tampoco olvidar que en este itinerario de vaciamiento interior de uno mismo para el enriquecimiento personal de Cristo, juega un papel importante el carisma. Podemos decir que marcará el itinerario en la doble ruta vaciamiento-enriquecimiento, ya que en la espiritualidad se encuentran las pautas para hacer la experiencia personal de Jesucristo, a la manera en que lo ha hecho el Fundador/a. La oración será también el lugar del encuentro personal entre la persona consagrada y el carisma, de tal forma que éste vaya imprimiendo las huellas, los sentimientos y los criterios de Cristo en las formas más específicamente características del Instituto.

Sólo después de hacer la experiencia personal de Cristo, la mujer consagrada podrá lanzarse a confesar a Cristo y así tenerlo como la esperanza que no desilusiona.

4. Medios para invitar a casa a la esperanza.

a. Creer en lo que hacemos.

Alessandro Pronzato³¹ cuenta una historia verdaderamente deliciosa. Se trata de un sacerdote que ejerce su apostolado con mucho celo en una casa para ancianas. Armado de infinita paciencia y bondad, se ha ganado el corazón de todas las inquilinas... a excepción de una sola. Férrea y sin aparentes muestras de conversión, permanece alejada del sacerdote y de las prácticas devocionales, culturales y sacramentales de dicha casa para ancianas. Le ha dicho claramente al sacerdote que de ella no debe esperarse nada. El bueno del sacerdote, con mucha calma y tranquilidad, sin faltas de educación continúa su labor, hablándole, saludándola, llenándola de buenas formas. Una vez que

³¹ Alessandro Pronzato, *Alla ricerca delle virtù perdute*, Piero Gribaudi Editore, Milano, 2000, pp. 130 – 135.

visita al cuarto en dónde se encuentra esta anciana para llevar la comunión a la vecina con la que compartía el cuarto sucede que esta anciana reacia, después de tres años de negar una atención al sacerdote, tiene la delicadeza de ponerse de pie cuando entra el sacerdote portando el viático. Se levanta e inclina la cabeza. El sacerdote ni puede decirle nada, porque en esos momentos lleva a Cristo eucaristía, pero goza internamente y está dispuesto a continuar el trabajo por otros tres años, aunque sea sólo para arrancar a esta anciana otro gesto de religiosidad.

La esperanza no se improvisa, no se inventa, se construye paso a paso y es necesaria invitarla como compañera de camino en la vida. Hemos dicho que el tener fe no significa que automáticamente tengamos esperanza. Hay que trabajarla, hay que luchar, hay que poner los medios adecuados. “La esperanza es audaz, pues cree que lo imposible para los hombres es posible para Dios (Mt. 19,26), y es ampliamente trascendente: desea y procura la venida de Cristo, el triunfo del Reino de Dios, la plena unión con Dios, la liberación de todo el cosmos (Rm. 8, 19-25).”³²

Uno de estos medios es creer en lo que hacemos. Todos los actos de la persona consagrada, por el hecho de haberse consagrado, redundan en la gloria de Dios y de alguna manera son medios eficaces para el advenimiento del Reino de Dios en esta tierra. Quien así piensa engendra una corriente de pensamientos positivos que la llevan a esperar algo bueno, algo positivo de cada acto, llegando incluso a la audacia, tan necesaria en la Europa descristianizada que nos ha tocado vivir. Se establecen por lo tanto dos posturas a partir de un mismo hecho: la esperanza o la desesperanza dependerá de la visión que se tenga, no de la realidad, sino de lo que uno hace. Si la persona cree que lo que hace es de utilidad para que Cristo se haga presente en la sociedad, para el triunfo de su reino, entonces comienza a trabajar con la mira puesta en ideal, no sólo en la realidad. Quien se cuestiona vanamente sobre lo qué hace, no cree que la obra que realiza pueda reportar algo de positivo al mundo, a la sociedad, caerá entonces fácilmente en el desengaño, la desesperación y la desilusión. Sin llevar el caso al extremo, diremos que será una persona destinada a ir pasando, a sobrellevar la vida, a *irla pasando*.

Para creer en lo que se hace, es necesario tener un ideal. La mujer consagrada, bien sabemos, tiene muchos y nobles ideales en su vida consagrada. Pero para que este ideal abrace toda la vida de la consagrada es necesario que ella verdaderamente crea en este ideal. Para ello debe considerar tres elementos en su ideal: que el ideal sea conocido, que el ideal se querido, que el ideal pueda llevarse a la práctica³³. Cuando el ideal puede reducirse a una meta clara y objetiva, la persona conoce con certeza hacia donde debe moverse. Como decía Platón, no hay buen viento para quien no sabe a qué puerto arribar. Si se sabe el punto de llegada, puede establecerse una ruta, un camino. La persona podrá diseñar, ella misma o con la ayuda de otros, los medios más adecuados para alcanzar el ideal. Aprovechando las cualidades que tiene, o ensayando nuevas, es probable que la mujer consagrada se mueva en la justa dirección.

Para que el ideal vaya tomando forma, es necesario que la mujer consagrada quiera alcanzar el ideal. Aquí hablamos nuevamente de la diferencia entre saber y querer. La voluntad se mueve sólo por aquello que la mente ve como un bien. Si la mente le presenta a la voluntad un menú de ideales, pero no se apasiona por ninguna de ellas, la voluntad no se mueve. Es necesario que la mente se enamore de un ideal, vea el bien que le puede traer la posesión de ese ideal. Sólo entonces la voluntad, como un resorte a disposición de la mente, se moverá para conseguir ese ideal, que la mente ya lo ha considerado como bueno, apetitoso y deseable.

³² José Rivera, José María Iraburu, *Espiritualidad católica*, Ed. Centro de estudios de teología espiritual, Madrid, 1982, p. 282.

³³ Para la explicación de esta parte, nos apoyaremos en el libro de Narciso Irala, *Il controllo del cervello*, Edizioni San Paolo, 1997, Milano.

Por último, el ideal debe estar al alcance de la mano de la mujer consagrada. No tiene que un ideal tan alto que sea inaccesible. La mente se da cuenta de ello y al no saber que lo puede alcanzar, se descorazona. De aquí que la voluntad, al no percibir ya el ideal como algo deseable, deja de mover los recursos necesarios para la adquisición de dicho ideal. Conviene por tanto que la persona *despedace* o *desarticule* el ideal en formas que sean accesibles, es decir en metas cortas y posibles.

El carisma de la congregación puede ser considerado un ideal para la mujer consagrada. Ideal que puede ayudarle para salir de la desesperanza, pero siempre a condición que conozca el ideal, quiera alcanzar el ideal y sea accesible. Conocer el ideal no es saber de memoria las Constituciones o enterarse de las últimas disposiciones del Capítulo General. Conocer el ideal es saber cómo lo puedo aplicar en la vida diaria, en mi situación actual y cómo el ideal hace posible, actualizan las promesas de Cristo y las bienaventuranzas. Un determinado trabajo apostólico, la celebración de un acto litúrgico, la obra aparentemente más sencilla, pueden verse con un óptica distinta cuando se hacen parte del carisma y cuando se ven cómo medios para alcanzar el ideal. De esta manera, la mente lo presenta a la voluntad como un bien a conseguir, y si este bien se percibe como posible, inmediato, es seguro que la mujer consagrada comenzará a vivir su vida consagrada con una tonalidad de esperanza. Cree en lo que hace, porque lo que hace es parte de su ideal.

b. Alegrarse con lo que hacemos.

Parece que hoy en día el pesimismo cuenta con carta blanca en todas partes. Quien ve las cosas bajo una óptica de desastre es considerada una persona racional, pensante, ubicada. Quien por el contrario sólo ve los aspectos positivos, es tachada de ilusa, descentrada, fuera del contexto de la realidad.

No se trata de *ocultar el sol con un dedo* y hacer caso omiso de la situación que vemos a nuestro alrededor. Quien en la vida religiosa femenina osa decir que las cosas van bien, muy bien, inmediatamente es sujeto de miradas inquisitivas o por lo menos recibe un juicio caritativo: “¡pobre iluso! Se ve que no conoce la situación.” De acuerdo, las cosas no van cómo deberían ir, pero ¿se gana algo proclamando la parte negativa? En un bosque puedo fijar la mirada en la rama verde, florida, hermosa, o puedo fijarme en los cientos de troncos quemados, secos maltrechos. No cambio en nada la realidad: es un bosque quemado. Pero mi estado de ánimo cambia cuando veo la rama verde, aunque sea una sola, en medio de las cenizas.

El pesimismo es el estado de ánimo que tiende a ver sólo nuestras fantasías. De un suceso desagradable hacemos una ley de vida, de un acontecimiento infortunada sacamos conclusiones perentorias. El pesimista que es mordido por un perro pensará que todos los perros lo morderán. Es una actitud de la mente que resta energías a la persona y le hace ver aspectos negativos en donde no los hay.

La visión del cristiano, y por ende, de la mujer consagrada, debe ser una visión de esperanza. Pero no una esperanza, tan vaga y eterna, que nos haga llegar a la muerte, sin haber pregustado, aunque sea un poco, esta esperanza en la tierra. Y para ello se necesita cultivar una gran dosis de optimismo, es decir, aprender a ver el lado positivo de las cosas. Si teológicamente el mal es ausencia de bien y en el mal no está Dios, porque Dios es el bien supremo, de nada sirve que fijemos nuestra vista, nuestra atención, nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, en una palabra, todo nuestro ser, en el mal, en las cosas negativas. Ahí no está Dios. En cambio, cuando fijamos nuestra atención en los despuntes del bien, por más pequeños que estos sean, vivimos la virtud del optimismo, que es la puerta de la esperanza cristiana. Me imagino a los primeros cristianos en las catacumbas de Roma, que en medio de las persecuciones, aún siendo ellos minoría, se comunicaban con desbordante alegría los avances del Reino, las conversiones, aún a pesar de

vivir momentos difíciles de persecución y de muerte. El cristiano sabe cultivar la visión de optimismo, pues buscando lo bueno en los acontecimientos, en las personas, en todo, busca a Dios y abre la puerta a la esperanza.

Cultivar el optimismo también en lo que hacemos. Estar alegres con nuestro trabajo, que realizado con pureza de intención, nos acerca a Dios, y hace avanzar el Reino de Cristo en esta tierra. Sabernos reír de nosotros mismos, de nuestras fallas, de nuestros errores, de nuestros olvidos o, porque no, también de nuestras achaques en la ancianidad. El alegrarse con el trabajo es ver las dificultades y los momentos negros no como dificultades o momentos negros, sino como desafíos. Pero para llevar a cabo esa transformación se necesita optimismo, para buscar el bien y el lado positivo en esa dificultad, en ese momento negro.

Hoy la vida consagrada, por ejemplo, como dice Graziella Curti, vive momentos de transición. “Un tiempo silencioso porque se describe sólo en el ritmo de lo cotidiano. Es un tiempo doloroso, largo, porque se han dado separaciones, lutos.”³⁴ No podemos negar esta realidad que nos circunda. Y las consecuencias de ello es grave, bien lo sabemos, pues se tienen que abandonar algunas obras apostólicas, se debe redimensionar el Instituto y no se sabe que hacer al no haber consagradas que suplan a las que ya se han ido a la casa del Padre. Aquí viene la diferencia entre vivir el optimismo y caer en una visión no del todo positiva. Quien vive la esperanza cristiana, sabe leer esta situación como un reto. Son momentos difíciles, pero son momentos para actuar. Está movida por el ideal, el ideal del carisma que la impele en la búsqueda de nuevas formas, quizás nunca antes probada, para que el carisma siga adelante. Intentará todo, antes que ver el Instituto morir o apagarse en su fervor, porque sabe que viviendo el carisma se llevan a cabo las promesas de Cristo, para ella y para muchas otras personas. Su acción no es la resignación, el esperar *mejores tiempos*, el sentirse minoría. Su acción parte de una visión positiva de estas circunstancias. A tiempos difíciles, acciones de envergadura. El optimismo, confianza en sí misma, en el carisma y en definitiva, en Dios, la hace tomar decisiones *audaces* como las que tomó su Fundador/a. No busca el sensacionalismo o la idea de *grandeza*, sino el llevar a cabo el carisma. Este es su ideal y tiene de él una visión positiva.

Cultivar el optimismo ayuda también a mantener una sana higiene mental. Estar alegre con lo que se hace genera paz y tranquilidad. La mente está más abierta para recibir nuevas ideas. Viviendo el optimismo es posible generar una corriente de positividad que hacer ver la vida con más calma, serenidad, paz, tranquilidad, abierta a Dios y a su Espíritu.

c. Esperar en nosotros mismos.

Dice Alessandro Pronzato que se necesita más valor para iniciar un trabajo que para terminarlo. Y es cierto. Comenzar un trabajo requiere una gran confianza, no sólo en lo que se realiza, sino en un mismo.

Hemos hablado hasta este momento de llevar a cabo grandes empresas, de confiar en la esperanza, de cultivar el optimismo, pero hasta el momento no hemos hablado, o hemos hablado poco de la persona que debe ser optimista, confiar en la esperanza, llevar a cabo grandes obras. Necesitamos por tanto dedicar un espacio de nuestro estudio a la persona que debe vivir la esperanza, es decir, la persona consagrada.

Hoy más que nunca el hombre tiene los recursos necesarios para conocer fenómenos y misterios que antes le eran ocultados. Ha ido y vuelta a la Luna, conoce muchas de las enfermedades que permanecían veladas a las generaciones pasadas. Cuenta en su haber con tecnologías jamás antes

³⁴ Graziella Curti, *Dalla minoranza alla minorità*, en *Consacrazione e servizio*, Anno LIV n. 3 Marzo 2005, p. 24.

soñadas. Y sin embargo, aún no sabe quién es el hombre. Todos los misterios están cayendo, pero permanece desconocido, hoy más que nunca, el misterio del hombre.

Y quizás para la persona consagrada, permanece con mayor incisividad este misterio. Por el estilo de vida que lleva, la persona consagrada debe pasar un buen tiempo de su jornada en el silencio, bien sea el silencio de la oración o aquel silencio en el que debe rodear su vida y su quehacer. Y el silencio es amigo para conocerse a uno mismo. La persona consagrada descubre su identidad delante de Dios. Y ahí también descubre la misión a la que está llamada.

“Conócete, acéptate, supérate” es la máxima de San Agustín, válida para todos los tiempos. Si la persona consagrada quiere vivir la esperanza, junto con todos elementos que hemos mencionado, deberá también confiar en ella misma, en las facultades que Dios le ha dado, como a cualquier hombre, para llevar a cabo la misión encomendada. Si la misión a que está llamada hoy la mujer consagrada en Europa es a ser portadora de esperanza, ella misma será la primera en vivir la esperanza, confiando en que con las cualidades que Dios le ha dado, la podrá llevar a cabo. Y todas las otras actividades que la misión conlleva, necesariamente pasarán por el matiz de la persona.

Por lo tanto es necesario un conocimiento de las facultades de la persona, inteligencia y voluntad, de sus sentimientos y emociones, de su psicología, de sus posibilidades, para emprender el camino de la esperanza. Si la persona no creen en sí misma, no espera en ella misma, difícilmente vivirá la esperanza. Bien puede ser que existan patologías que impidan el desarrollar una adecuada confianza en sí misma. Como toda patología deberán ser revisadas y curadas por los especialistas. Pero de no constar una patología que impida la confianza en sí misma, la persona puede y debe desarrollar un adecuada estima personal que la haga sentir segura de sí misma en el momento de enfrentar cualquier acontecimiento en la vida.

Para desarrollar esta adecuada estima de sí misma, la mujer debe analizar cualquier bloqueo que le esté previniendo de poder confiar en ella misma. Con la ayuda de la guía o del acompañamiento espiritual –no hablamos en este caso de patologías psico-físicas, podrá desarrollar una confianza en que con sus propias fuerzas y ayudada de Dios podrá cumplir lo que para ella es la voluntad de Dios. Si por diversos motivos la persona consagrada no ha aprendido a confiar en ella misma, conviene que cuanto antes desarrolle un programa de trabajo en este aspecto. En él detectará las fallas en la seguridad persona y pondrá los remedios necesarios.

Aprenderá a conocerse y a confiar en las facultades que Dios le ha dado y se enseñará a descubrir también los talentos y a desarrollar las cualidades necesarias para vivir la esperanza. Pues puede llegarse el caso de que por desconocimiento del adecuado funcionamiento de las facultades, la persona consagrada no se aventure en apostolados o actividades propias de su carisma.

Aprenderá a vencer el temor y el complejo de inferioridad que impiden el desarrollo de la esperanza en la propia vida. Para vencer el temor se enseñará a actuar, a concretar su miedo, a afrontar el hecho que le causa temor y analizar sus consecuencias, a evitar caer en el pánico, poniendo pensamientos y sentimientos de confianza en Dios y en sus propias habilidades.

Y para vencer el complejo de inferioridad deberá conocerse aceptando sus limitaciones pero también aceptando sus cualidades. Se pondrá metas de acuerdo a sus posibilidades y cada vez las irá aumentando. Extirpará de su mente los pensamientos de comparación con otras personas, aceptando el hecho de que ella es buena también para muchas cosas en las que las otras no lo son. Recordará sólo los triunfos, tratando de cancelar las derrotas o analizando objetivamente las causas de éstas.

d. Decidirse por la caridad.

Es difícil expresar en unas cuántas líneas una fórmula para vivir la esperanza, pues podríamos caer en un simplismo inoperante o demagógico. Sin embargo podemos encontrar una idea que reúna todo lo que hemos dicho y que haga posible que la mujer consagrada viva la esperanza. Una idea que polarice todo su ser, que haga aplicar el carisma, como centro de su ser y como espolón de su actuar. Podemos mencionar: “La llamada a vivir la caridad activa, dirigida por los Padres sinodales a todos los cristianos del Continente europeo, es una síntesis lograda de un auténtico servicio al Evangelio de la esperanza. Ahora te la propongo a ti, Iglesia de Cristo que vives en Europa. Que las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de los europeos de hoy, sobre todo de los pobres y de los que sufren, sean tus alegrías y esperanzas, tus tristezas y angustias, y que nada de lo genuinamente humano deje de tener eco en tu corazón. Observa a Europa y su rumbo con la simpatía de quien aprecia todo elemento positivo, pero que, al mismo tiempo, no cierra los ojos ante lo que es incoherente con el Evangelio y lo denuncia con energía.”³⁵

Viviendo la caridad, la mujer consagrada puede vivir la esperanza. Por la caridad la mujer consagrada ama a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí misma. Al amar al prójimo se olvidará de sus temores, de sus angustias y buscará lo mejor para el hombre europeo, que es la vida eterna, las promesas de Cristo en las Bienaventuranzas. Luchará por hacer que esas promesas se hagan vida en la vida de muchos europeos, descubriendo los nuevos nombres de la pobreza: vacío del sentido de la vida, soledad, droga, sexo, bienestar material desenfrenado, individualismo exarcebado. Y las hará suyas para buscar una solución y encontrará la única solución en Cristo, *esperanza que no desilusiona* siempre a través del carisma que la Iglesia ha regalado a su Instituto.

El amor puede hacer que hoy la mujer consagrada europea recupere la esperanza.

³⁵ Juan Pablo II, *Exhortación apostólica post-sinodal Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n. 104.